

Ya aquel la tenia abierta,
Y afuera en salvo y alerta
Viéndole ya, le llamó.

Calmóse, pues, como pudo
Mejor, y al doctor llegando,
Que esperaba frio y mudo,
Le dijo, el ceño sañudo
Cual supo desenarcando:

BARON. —Una palabra, doctor.

DOCTOR. —Pero sed breve.

BARON. —¿Estais hoy
En vuestro juicio?

DOCTOR. —Lo estoy.

BARON. —¿Conque es cierto?

DOCTOR. —Como soy
Hombre.

BARON. —¿Palabra?

DOCTOR. —De honor.

BARON. —¿Y es Rosa?

DOCTOR. —Lo que es: ni mas

Ni menos que lo que he dicho.

BARON. —¿Y ama á mi hijo?

DOCTOR. —Quizás

De sobra,

BARON. —¿Entónces?

DOCTOR. —¡Jamás!

BARON. —¿Mas si Rosa en su capricho

Se encastilla y se resiste
A ceder, y temeraria
En esa pasion persiste?

DOCTOR. — Entonces vivirá triste
Y morirá solitaria.

BARON. — ¿Pero, y si en su amor mi hijo
Vuelve mas que nunca fuerte?

DOCTOR. — Entonces tened por fijo
Que entre su amor y la muerte
Es la muerte lo que elijo.

BARON. — ¡Le matarais!

DOCTOR. — Parecer

Tomaré; mas de razones
Basta; si él se obstina en ser
Marido de tal muger,
La muerte va á sus talones.

BARON. — ¡Tanto le odiais!

DOCTOR. — ¡Pesiamí!

¿Quereis que os declare aquí
Por qué á vuestro hijo nuestro
Tanta repugnancia?

BARON. — Sí.

DOCTOR. — Pues bien por ser hijo vuestro.

Dijo el doctor, y la mano
Teniendo en la aldaba puesta,
Cerró la puerta de plano
Sobre el viejo castellano,
Y empezó á bajar la cuesta.

III.

En tanto que de la terre
Bajar al doctor dejamos,
A Rosa y á Inés oigamos;
Mas porque el lector se ahorre

El sonsonete prolijo
Y tenaz repeticion
De "dijo este" "aquella dijo,"
En esta conversacion

El método seguiremos
De nuestras dos anteriores,
Y á sus interlocutores
A la márgen nombraremos.

El método no es á fé,
Ni nuevo, ni original;
Mas para método tal
Tenemos nuestro por qué.

Rosa sobre un almohadon,
Levantada la arabesca
Celosía, el áura fresca
Goza sentada al balcon.

Inés á su lado puesta
Sigue una plática viva
Con Rosa, la cual la esquivava
Por inútil ó molesta;

Y segun insiste Inés,
Y segun resiste Rosa,
La cuestion es sobre cosa
De muchísimo interés.

Grave Inés, casi severa,
Rosa altiva, casi airada,
En la plática trabada,
Decian de esta manera:

ROSA. —No vayas, por Dios, Inés,
Con tal discurso mas léjos:
Contra el amor no hay consejos,
Yo amo: déjame pues.

INES. —Pues ya que tu obstinacion,
No haya consejo que venza,
Al menos que te convenza
El poder de la razon.

Dos años há que no escribe,
Conque ó es muerto ó te olvida.
ROSA. —Mientras dura en mí la vida,
El me ama y él me vive.

INES.

—Mira, pues, cómo me esplicas
El silencio en que se cierra;
Vivo, desde cualquier tierra
Supieras de él.

ROSA.

—Mortificas

Tu ingenio en vano, y tus pruebas
No prueban nada; sé yo
Que el doctor las recibió,
Aunque de él no me dais nuevas.

INES.

—Mas contra el mismo doctor
¿Por qué tan tenáz porfias?

ROSA.

—Esas son razones mías.

INES.

—Son excesos de tu amor.

ROSA.

—Que acabarán por vencer.

INES.

—Que no tienen fundamento.

ROSA.

—El amor.

INES.

—Es como el viento.

ROSA.

—Tiene el viento gran poder.

INES.

—¿Y en el viento, Rosa mía,
Vas á fundar tu esperanza?

ROSA.

—Son razones que no alcanza
Tu razon austera y fria.

INES. —

No las hay con que me arguyas;
Son delirios de tu amor:

Si las tuviera el doctor
¿No me diera nuevas tuyas?

Cuatro años há que partió
Y escribió solo el primero.
¿Sabes, Rosa, lo que infiero
De los cabos que ato yo?

Su padre le envió á la guerra
De Italia, porque sabia
Lo que contra amor podia
El tiempo en aquella tierra.

Tú figurarte no puedes
Aquel cielo azul, sereno,
Que cobija un sueño lleno
Para las almas, de redes.

Rosa, no enemigos quiso
Su padre enviarle á matar,
Sinó su amor á dejar
Muerto en aquel paraíso.

Su padre, de connivencia
Con el doctor, le envió allí
A que te olvidara á tí:
Porque tienen la experiencia

Que dan los años, y saben
Que no existe en este mundo

Amor tan fiel y profundo
Que ausencia y tiempo no acaben.

Y la consecuencia ves:
El primer año guardó
Puro tu amor, y escribió:
Entibiósele despues,

O pudo tal vez morir
De la guerra en un azar
Cuando no volvió á escribir.

ROSA.

—No te tienes que cansar:

Contra mi fé no hay razon,
Contra mi amor no hay poder:
Es la esencia de mi ser,
La fé de mi corazon.

El juró que volveria
Al salir de su tutela.

INES.

—Hoy sale y el dia vuela.

ROSA.

—Aun no ha concluido el dia.

INES.

—Ya anochece.

ROSA.

—No en mi alma
Dó mi amor arde constante;
Y cuya antorcha brillante
Su centro ilumina en calma.

Cárlos vive, pues yo vivo,

INES.

Volverá, pues yo le espero,
—¿Tu amor, Rosa, es tan entero?

ROSA.

—Único, eterno, exclusivo.

El fuego de esta pasion
La torpeza no oscurece,
Inés, mi amor esclarece
Celestial intuicion.

Para juzgar ni creer
No ha menester los sentidos:
Sin ojos y sin oidos
Sabe oir y sabe ver.

No ha menester fundamento
Buscar en causa ó razon,
Que la fé del corazon
Le dá perenne alimento.

Mi amor es la llama pura
Que el Criador hizo arder
En el hombre y la muger
Al formar la criatura.

No es esa torpe pasion
Que *amor* la sociedad llama,
Y cuyo fuego no inflama
La esencia del corazon;

No es esa pasión mortal
Que se extingue y satisface,
Sinó es otro amor que nace
Sin apetito carnal.

Es ese otro amor divino
Que dá algunos seres Dios,
Identificando á dos
Con solo un sér y un destino.

Estos dos seres se encuentran
Sin buscarse, se adivinan;
Uno de otro se avecinan,
Y uno en otro se concentran.

Ni el tiempo ni la distancia
A estos dos seres desune,
Que do quiera los reúne
En solo un sér su constancia.

Y aunque vivan divididos
Desde la cuna á la huesa,
Van de allí con su fé ilesa
A la eternidad unidos.

Este es amor verdadero;
Este el que mi alma atesora;
No me preguntes ahora
En qué fio ni en qué espero.

Cárlos y yo con tal fé
Nos amamos, y este lazo
No le rompe ningun plazo:
Venga ó no, le esperaré.

Calló Rosa y calló Inés,
Sabido que no hay razon
Que convenza á una pasión:
Y la de Rosa lo es.

Y como para ayudar
A la pasión contra el juicio,
Y no dejarle resquicio
Por dó al alma penetrar,

Por el estrecho sendero
Que fuera del valle guía,
Vieron que apriesa venía
Y á caballo un forastero.

La luna que ya platea
El azul del horizonte,
Y la brisa que del monte
Baja errante y juguetea,

Las hicieron á la par
Ver de lejos su figura
Y sentir de su montura
El sonoro galopar.

Asaltó el alma de Rosa
Un leal presentimiento,
Y alzóse Inés de su asiento
Del que llega recelosa.

“Quitémonos del balcon,”
Dijo Inés: mas como quieta
Continuó Rosa, sujeta
Al poder de su atencion,

Una absorta y otra incierta
De lo que hacer convendría,
Dejaron al que venía
Llegar á la misma puerta.

Y un poco bajo el balcon
Y el corcel de mucha alzada,
No era ya la retirada
De fácil ejecucion.

Puesto que él que las ha visto
En los estribos alzado,
Las ha un paquete arrojado
Caso de ambas imprevisto.

Cierto él de que recibió
Rosa en la falda su ofrenda,
Volvió al caballo la rienda,
Y á galope se alejó.

ROSA. —Enciende una luz, Inés,
INES. —Entregar fuera mejor
Ese paquete al doctor.
ROSA. Cuando vea yo lo que es.
INES. Mira, Rosa. . . .

ROSA. —Basta ya:
Pues á mí se dirigió
Es para mí: antes que yo
Ningun otro lo verá.

Fuése por la altanería
De su tono avasallada,
O á obedecer obligada,
Encendió Inés la bujía;

Y abriendo Rosa el paquete,
Halló en él una preciosa
Cajita de palo rosa
Y un perfumado billete.

Roja y trémula de amor,
Llegándose á la bujía,
Leyó el papel que venía
Escrito en este tenor:

“Un amor y una palabra
No mas, Rosa mia, tengo:
Hoy ésta á cumplirte vengo
Y á ratificarte aquel.

Yo soy uno de esos seres
Que solo un amor conciben:
Con él nacen, con él viven,
Y se sepultan con él.

“Por tí mi padre se opone,
Por tí yo pierdo mi herencia,
Porque un día la indigencia
No se asiente á nuestro hogar,
A la par de un gran maestro
Aprendí y profesó un arte
Que nos pueda en cualquier parte
Pan é independencia dar.

“Adjunta va en esa caja
De mi saber una muestra:
Pasó por obra maestra
Do quiera que la mostré:
Por obra la dan del génio
Y del arte por hechizo:
Mas ¡oh Rosa! quien la hizo
No fué el génio, el amor fué.

“Hombre de arte, ó caballero,
Seré siempre esclavo tuyo:
Yo mi dueño te instituyo;
Tus mandatos cumpliré.
Esta noche, como hace años,

Me dirás por la ventana
Si aun me amas, y mañana
Al doctor te pediré.

“Trás de mí en Italia y Francia.
Dejo un nombre ya famoso:
Mas si juzgas mas honroso
El servicio de algun rey,
En dos córtes á altos cargos
Puedo optar; ve lo que eliges:
Tú gobiernas, tú diriges:
Tus caprichos son mi ley.

“Nuestros padres de consuno
Llevan mal el amor nuestro:
El doctor, mas que yo diestro,
Se ha interpuesto entre los dos,
Y sin cartas uno de otro
Por cuatro años estuvimos;
Mas si me amas, pues vivimos,
Fia en mí que fio en Dios.”

Leyó Rosa, y el billete
Dejando sobre la mesa,
Curiosa á abrir se dió priesa
La cajita del paquete.

Entre felpa acomodada
De labor maravillosa,

Halló de plata una rosa
En su capullo cerrada.

Por el tallo la tomó
Para bien examinarla,
Y de la caja al sacarla
Todas sus hojas abrió;

Y en su centro colocada
Apareció una figura,
Microscópica escultura
Con gran primor cincelada.

De sorpresa exhaló un grito
Rosa, y alzando en su diestra
Aquella prueba maestra
De arte y trabajo infinito,

Púsola de la luz junto,
Y al mirarla con cuidado,
En el metal cincelado
Reconoció su trasunto.

Era otra Rosa, otra ella:
Una estatueta preciosa
De labor tan primorosa,
Tan diminuta y tan bella,

Que el caprichoso juguete
Hiciera honor á la mano

De Arfe y de Alonso Cano,
De Cellini y Berruguete.

Ante maravilla tal
Absortas por la atencion,
Con igual admiracion
Y con complacencia igual,

Rosa é Inés larga pieza
Estuvieron contemplando,
Y extasiadas admirando
Obra de tanta belleza;

Y aun la examinaban mudas
Con sorpresa y con amor,
Cuando á la puerta el doctor
Dió dos aldabadas rudas.

“¡El doctor!” exclamó Inés
Aterrada: “¿Y qué?” serena
Dijo Rosa.—“¿A casa ajena
Viene acaso? Ábrele pues.”

Fué Inés á abrir al doctor,
Y Rosa ante la bujía
Siguió absorta todavía
Ante su carta y su flor.

Un cuarto de hora después
Frente á frente en su sillón
Cada cual, y del salón
Mandada salir Inés,

Rosa y el doctor á solas
La escultura contemplaban,
Y de su emoción saltaban
Hasta su rostro las olas.

Mal asentado el doctor
En su poltrona de cuero,
Su sér absorbía entero
El exámen de la flor.

Mirábala con un lente
De grande fuerza y aumento,
Y en cada nuevo accidente
Digno de encarecimiento

Que en su trabajo encontraba,
Su labio se contraía,
Su entrecejo se fruncía,
Su pupila centelleaba.

Pálida de incertidumbre
Miraba Rosa su fáz,
De penetrar incapáz
Su gozo ó su pesadumbre;

Pues aunque el doctor semeja
Ceder á ingrata emoción,
No es la primera ocasión
En que el arco de su ceja

Con las nubes de su ceño
Su mirada al entoldar,
Le sirvió para ocultar
Un pensamiento halagüeño.

Los suyos Rosa á esconder
Ménos que el viejo avezada,
Muestra en sus ojos tomada
Su resolución tener;

Y aunque callada y modesta
Aguarda que hable el doctor,
Libre aguarda de temor
Y á dar su opinión dispuesta.

Pálida, pero tranquila,
Está al doctor contemplando,
Sus facciones devorando
Con avarienta pupila.

La flor al fin con gran tiento,
Como hombre que su valor
Conoce, puso el doctor
En la mesa: y un momento

Fijando en su compañera
Su mirada luminosa,
La conversacion con Rosa
Entabló de esta manera:

DOCTOR. —Don Carlos dice en su carta
Que esta flor es obra suya.

ROSA. —Y yo confío en que arguya
En su favor.

DOCTOR. —Prueba es harta

Para abrir á quien la hizo
El alcázar del favor:
Quien la niegue un gran valor
Será descontentadizo.

ROSA. —Pues ya veis que es una ofrenda
Que me hace.

DOCTOR. —Antes que la admitas,
Reflecionar necesitas
Si es admisible tal prenda.

ROSA. —¿Por qué?

DOCTOR. —Porque puede hacer
Inmortal al escultor,
Y no debe sin su amor
Aceptarla una muger.

ROSA. —No fuera ni generoso,
Ni amante si diera menos.

DOCTOR. —Sus proceder es buenos:
Mas puede ser mentiroso.

ROSA. —Es muy noble para eso.

DOCTOR. —¿Quién de apariencias se fia?

ROSA. —Fiad vos en la fé mia.

DOCTOR. ¿Con que le amas?

ROSA. —Con exceso;

Y os lo debo de advertir,
Doctor: está mi pasion
Tan honda en mi corazon
Que con ella he de morir.

DOCTOR. —Y que mueras valdrá mas
Que no que yo te envilezca,
Dando á quien no te merezca
Tu noble mano jamás.

ROSA. —Inquirirlo os toca á vos:
Yo, si le encontráis indigno,
A ser muerta me resigno;
O esposa suya, ó de Dios.

DOCTOR. —Pues fia en mí.

ROSA. —Y en él fio
Que nunca mi corazon
Dará en vil inclinacion.

DOCTOR. —No, mientras que lata el mio.

Flor que la escarcha no arruga
Y abril de miel llena deja,
Su cáliz abre á la abeja,
Mas se le niega á la oruga;

Rosa, yo te cultivé,
Y escucha bien mis palabras:
Antes que á la oruga te abras,
Del tallo te cortaré.

ROSA. —Vuestra soy.

DOCTOR. —Basta: á otra cosa,
Y que se cumplan dejemos
De Dios los juicios supremos.
Guarda esa escultura, Rosa,

Y que nos sirvan la cena.

ROSA. —¿Puedo ya tener por mía
Esta flor?

DOCTOR. —No todavía:
Mas tenla por prenda buena.

IV.

Con el són de las áuras rumorosa,
Con el oréo de su aliento fresca,
Con la luna en su lleno iluminada,
Con el primer olor de las violetas
Tempranas perfumada, magestuosa
Con la sublimidad que dá á las selvas
El solemne silencio que produce
Del hombre inquieto y de su voz la ausencia,
Límpida, nacarada, transparente,
Era una noche azul de primavera,
De esas que rivalizan con el día,
Menos fúlgidas que él, pero mas bellas.
Era una de esas noches deliciosas,
De paz, de amor y de misterio llenas,
Que echan sobre la hermosa Andalucía,
No el lóbrego capúz de las tinieblas,
Sinó la gasa azul del aire diáfano
Que sobre sus provincias se despliega,
Cual sobre su dormida favorita
Del Berberisco Amir la blanca tienda.
De la nocturna calma bajo el peso,
Y á la templada claridad serena
Que el estrellado firmamento radia,
Muda reposa la dormida tierra.
El húmedo rocío que en los árboles,
Las flores y los céspedes comienza
A congelar sus gotas cristalinas